

LA VUELTA AL LIBRO EN OCHENTA MUNDOS

Alfredo Taján



Feria del Libro de Málaga

LA VUELTA AL LIBRO EN OCHENTA MUNDOS

Alfredo Taján



XLIV Feria del Libro de Málaga

Que otros se enorgullecen por lo que han escrito, yo me enorgullecó por lo que he leído, con esta cita del ciego vidente Jorge Luis Borges comienzo este pregón, género de extraño linaje, escrito con fervor y respeto a los libros, y que he titulado *La vuelta al libro en ochenta mundos*, donde deseo abordar mi pasión por los libros como lector que homenajea a otros lectores, inmortal cadena que nos lleva al origen, a la palabra desnuda, que en el decir poético de uno de los grandes, Octavio Paz, construye limes transparentes sin importarle ni estado ni estatuarias: *Palabra, una palabra, la última y primera, la que llamamos siempre, la que siempre decimos, sacramento y ceniza.*

Lector, pájaro a punto de volar, viajero real inagotable, en la estela que dejan los delfines en su aventura diaria por los mares antiguos, lector de ocasos ambarinos, lector que experimenta su propia

aventura, o que la imagina, y que al fin la describe escribiendo el inmenso placer del desplazamiento. Lector a la vez escritor; me viene a la cabeza el inefable Julio Verne, mil veces convocado, extraordinario hacedor de artefactos, de ocasiones inauditas, de múltiples alianzas entre la intuición y el riesgo. En Verne se encuentra la triple alianza lector-viajero-escritor, es el maestro precursor, el adivino que utiliza sus historias para seducirnos y así poder seguirlo al fondo del mar o al centro de la tierra. El autor de *Miguel Strogoff*, en su grafía semoviente, nos anunció a otros viajeros, incluso inmóviles; sin ir más lejos, nos previno de la poliédrica esfera-imagen del cubano José Lezama Lima, de la alquimia portentosa de su creación, de sus símbolos órficos expandidos no sólo por todo el Caribe sino también por todo el universo; Verne, con sus desplazamientos, quizá nos anunció al nuevo Homero que el poeta Derek Walcott expulsaría de las Antillas y que gracias a una Odisea contemporánea, húmeda y sinuosa, llegaría a otros confines del mundo; Verne también nos susurró al oído que nacerían magos como Jean Cocteau, que en cada libro resucitaba en un país espiritual distinto con una personalidad diferente y que pensaba que Víctor Hugo no era Víctor Hugo sino que era uno que se hacía pasar por Víctor Hugo, y que se pasó la vida entera *abismándose en un sueño macizo, opaco, de lúcidos regresos a la superficie, como esos amigos míos, espantosos elegantes que no han leído en su vida y que revientan de amargura y asco.*

Por lo tanto, la lectura es para mí un viaje fantástico, iniciático, inolvidable. La lista de escritores viajeros reclama para sí un estatuto independiente. En la noche de los tiempos los dioses y los mitos se confundieron, y siguen confundiéndonos, *porque leer* –nos instruye Ítalo Calvino– *es ir al encuentro de algo que está a punto de ser y aún nadie sabe que será*; los héroes y sus diversas máscaras, que han viajado, leído y escrito versos sobre paisajes despiadados, y no menos de éxtasis, no son más que cronistas fieles al verbo, notarios que llenaban con frenesí la página en blanco, flotando sobre dunas, navegando por mares y ríos, ascendiendo cordilleras y descendiendo por planicies, trasladando al papel las extravagantes sensaciones de la pérdida, ese irse cuando se está llegando, círculo fatal y absoluto que no se detiene ni se detendrá nunca. Valgan dos nómadas como ejemplo, me refiero a los escritores Paul Bowles y Bruce Chatwin, en el primero suena la tenue música del cielo protector, mientras que en el segundo los trazos de las canciones aborígenes australianas signan un Atlas único, lapidario, febril. En la producción literaria de Bowles y de Chatwin suena el eco de *La prosa del transiberiano* de Blaise Cendrars o las *Venecias* de Paul Morand, *De adolescente* –escribe Cendrars–, *cuando era un mal poeta, veía partir todos los últimos trenes, ahora los trenes van detrás de mí*; en las *Venecias* del eterno embajador Morand reverbera el Adriático, ese mar trágico que se avistaba desde las aldanas de la *Belle Époque*: *en Venecia mi mínima persona recibió la primera lección del planeta, al visitar San*

Marcos, su pavimento inclinado me pareció una alfombra de oración yuxtapuesta, en verbo de Proust, un santuario de la religión de la belleza.

En mi poema *El tren a Dubrovnic*, deudor de *El transiberiano*, la locomotora se detiene para siempre: *un súbito caer a toda máquina, como en un calco chino, siete veces por siete*. Eso es la parte más lograda de mis tempranas experiencias, aquella en que los raíles se transformaron en renglones y los mapas en páginas vivas donde el estilo había sido acusado de lesa majestad. Biografía y literatura se han mezclado en mí porque el aporte transatlántico me turbó desde niño. El inmenso mar y las sagas históricas. Incluso la ambientación de una película de época sufría un viaje mío a cualquier enciclopedia disponible en los anaqueles de la biblioteca, para saber quién gobernaba aquel país, durante cuánto tiempo se mantuvo, cómo había terminado sus días, si el *atrezzo* era el acertado, si la localización correcta. A menudo me llevaba tremendos fiascos, sobre todo con películas de factoría hollywoodiense, en las que cualquier parecido con la realidad era pura coincidencia y la fidelidad con los acontecimientos reales carecía de prestigio a favor de un guión espectacular y trepidante. Esto no sólo me ocurrió con el cine, o a través del cine, sino además lo hice, en el colmo de la soberbia infantil, con escritores consagrados, a los que pasaba un exhaustivo examen de datos y fechas que después me sirvió para

descubrir novelas esenciales, recreaciones sublimes, evaluando los fallos en el nombre del monarca de turno, en los hábitos gastronómicos o en las costumbres, lo que en absoluto oscurecía la intrínseca valía de las mismas. Un miriñaque en vez de un polisón, un dígito en vez de otro, no desmerecen la imaginación más portentosa o la acerada reflexión. *La Cartuja de Parma, La Comedia Humana, Los tres mosqueteros, Madame Bovary, La Regenta, En busca del tiempo perdido, Tirano Banderas, La colmena, Cien años de soledad* o *El siglo de las luces*, han captado, sin apenas notarse, el prístino aroma de época y han explicado concretísimos periodos históricos como ningún compendio ilustrado lo ha hecho nunca.

Pero debo confesarles que desde niño mis biblias han sido las enciclopedias, poco después me obsesionaron las biografías, y entre ambas un diccionario de doce tomos encuadernados con una tapa de piel de colores distintos cada una, se titulaba *Lo sé todo* de Larousse, que aunque estaba vendido en exclusiva a los países de habla española por la editorial francesa, la edición era de factura italiana –de los milaneses Confalonieri; los doce tomos se dividían en quince categorías o materias presentadas sin el formato del orden alfabético sino buscando un inteligente contraste con temas antagónicos que atraían por igual; escribo compendio italo-francés pues si bien por un lado, latía el espíritu de Diderot y D’Alambert, por otro lado, se apoyaba en unas magníficas

ilustraciones inspiradas en las brillantes gamas de rosas, naranjas y amarillos del pintor veneciano Giambattista Tiepólo; a estas viñetas, ejecutadas con acierto, se añadían escritos polisémicos, cronológicamente exactos y bellamente engarzados. Mi posterior atracción, o más bien obsesión, por el saber enciclopédico, sin lugar a dudas proviene del *Lo sé todo* de Larousse, diccionario convertido en mi memoria en artefacto mítico y compañero inseparable; estoy seguro de que mi entusiasmo por la iconografía ilustrada, por el negocio de la Ilustración, por la visión eufórica de los cambios trufada con el drama del *Ancien Régime*, mi delectación al imaginar a Goethe en Valmy pintado por Friedrich, por *Maria Luisa ecuestre* de Goya, por Versalles, Caserta y Aranjuez, por las odaliscas semidesnudas del Directorio, por *Paulina Borghese* de Canova, y un largo etcétera, son hijas de aquel diccionario juvenil *Lo sé todo*, que aún conservo como oro en paño, diccionario que divertía al mismísimo Borges, aunque el ciego vidente apenas podía distinguir sus dibujos, y sólo atisbaba sombras.

No les engaño si les digo que estas dislocadas premisas ilustradas ocultaban mi seducción por lo lejano, por la vida en las Antípodas. Al no poder trasladarme necesité conjeturar y escribir sobre ellas. Es increíble pero a la exaltación de las enciclopedias, que encierran todo el conocimiento del mundo, les sigue una práctica ambigua y peligrosa: rozar con los dedos lo que se imaginó en

las páginas. De nuevo, siempre, el viaje, aunque sea sentado en tu butacón favorito o explorando por los pasillos de una biblioteca babélica interminable donde en la segunda hilera de aquel elevado anaquel se halla el volumen que estabas esperando con avaricia durante tantos años. Ya en mi primera *plaquette* poética, titulada *Golpe de estado en Mombasa*, y publicada en 1983 por el dramaturgo Miguel Romero Esteo en la colección malagueña *Cuadernos de la Marinería*, se reproduce un grabado que idealiza el asesinato del capitán de navío británico James Cook a manos, quien iba a creerlo, de los pacíficos nativos de Hawai, que después de matarlo lo devoraron. Los despóticos actos del capitán Cook en la isla, entre ellos intentar secuestrar al rey de la misma, produjeron su terrible muerte, pero lo que más me llamó la atención fue la irracionalidad de toda la trama; de esa forma me planteé varias cuestiones, entre otras, es que si al contacto con unas coordenadas geográficas y culturales diferentes el hombre civilizado se pervierte ¿qué pasaría a la inversa, qué le ocurriría a un salvaje polinésico perdido en Londres o en París, cómo reaccionaría? Mi primera novela, *El salvaje de Borneo*, es menos deudora de *El buen salvaje* de Rousseau que de un volterianismo ácido, sarcástico, nada *cándido*, donde el excéntrico es el producto destilado de la norma mientras que el salvaje se transforma en una orquídea feroz que en todo momento se ve obligada a actuar a la defensiva.

Las posibilidades de interpretación, el viaje al conocimiento, se alberga en las bibliotecas. Las bibliotecas son el espejo que reflejan tanto nuestras grandezas como nuestras miserias. Las bibliotecas son templos que conservan un aroma imperecedero de misterio y de eternidad, a no ser que sufran la destrucción a manos de la bestia humana. *Allí donde queman los libros acaban quemando a los hombres*, no se equivocó el poeta alemán Heine al acuñar esta frase profética. La única forma de terminar con la enfermedad de los libros, la llamada *bibliopatia*, es con la *biblioclastia*, demolición programada y sistemática de bibliotecas. El fuego ha sido, por su alto poder simbólico, el medio preferido para hacer que los libros desaparezcan, para que las páginas queden reducidas a pavesas. Sin ir más lejos la biblioteca de bibliotecas, la *Biblioteca de Alejandría*, considerada una de las siete maravillas del mundo, que llegó a contener novecientos mil rollos sobre la historia del mundo antiguo, padeció varios incendios; en el 48 a.c. se atribuye a las tropas de Julio César cuando defendían el trono de la reina Cleopatra VII que según Plutarco, referido también por Séneca, exclamó que hubiera preferido morir a ver la Biblioteca devastada. Pero no fue el único incendio que sufrió esta cuna de la cultura universal: durante los siglos III al VI de nuestra era, la biblioteca de Alejandría ardió bajo la tutela del obispo Teófilo y del emperador Teodosio, tanto monta, ambos cristianos, y luego por orden del califa Omar que basó su medida en que si la Biblioteca contenía papiros concernientes al

Corán, estos se repetían, por lo que no era preciso conservarlos, y que si eran contrarios al Corán, había que hacerlos desaparecer de la faz de la tierra. Según el cronista Ibn Al-Qifti los papiros sirvieron de combustible para los baños públicos alejandrinos por espacio de seis meses. El fanatismo unido al odio y la venganza ha encendido la mecha para que se carbonizaran bibliotecas donde yacían las fuentes directas de la Historia de la Humanidad; no sólo se mandó quemar varias veces la de Alejandría, las de Pérgamo, Persépolis, Nínive, Constantinopla, Trípoli, y recientemente la de Sarajevo y la de Dubrovnic, durante la guerra civil yugoslava, han sucumbido al impulso demoledor del hombre. Bibliotecas y museos, el saber del hombre, siempre pasto de las llamas.

Pero también han ardido libros sueltos sin necesidad de inflamar sus místéricos almacenes: la Inquisición mandó al infierno códices mayas de enorme valor artístico y espiritual inspirándose en la *Hoguera de las Vanidades* que apenas unos años antes había alentado en Florencia el vehemente monje Savonarola, siglos más tarde, en la primavera de 1933 la Unión Estudiantil Nacionalsocialista, organización socio-cultural (??) de la Gestapo, hizo piras públicas en Bebelplatz con libros de autores que estaban considerados *decadentes y degenerados*, esto es: judíos, marxistas y librepensadores. La lista se hace interminable, el mando supremo no tolera contrastes y el fuego ha sido protagonista de las páginas más siniestras de nuestra

memoria porque en realidad quiere borrar nuestra memoria. La novela de Ray Bradbury *Fahrenheit 451*, llevada al cine con particular maestría por François Truffaut en 1966, narra una sociedad alienada, posterior a 1990, en la que el servicio de bomberos en vez de apagar fuegos los enciende; sobre todo se emplea a fondo con las bibliotecas, a las que considera antisociales. Al final, Montag, uno de los bomberos, se da cuenta del error que está cometiendo, huye y se refugia en un bosque en el cual se encuentra con los hombres-libro, dirigidos por un antiguo académico, Granger, cuya misión es memorizar las obras inmortales de la literatura que están siendo destruidas y cuando llegue el momento poder imprimirlos. *Fahrenheit 451*, que es la temperatura a la que arde el papel, se trata de una metáfora acerca de la censura y nos sirve para recordar el tan famoso como infame *Index librorum prohibitorum et expurgatorum*, Índice de libros prohibidos, lista de autores y títulos específicos a los que la Santa Congregación del Índice, nombrada directamente por el Vaticano en 1571, consideraba obra del demonio, y prohibió leer a sus fieles hasta 1966, año en que fue disuelta, año en el que paradójicamente se filmó por Truffaut la versión de la novela de Bradbury.

Por suerte han sobrevivido más bibliotecas que las que se han masacrado. He tenido la suerte de conocer quizá tres de las bibliotecas privadas más importantes de España tanto por cantidad como por calidad, y las tres pertenecientes a tres escritores y amigos:

Joan Perucho, Alfonso Canales y Luis Alberto de Cuenca. Puedo afirmar que he conocido por vía directa el amor total que sienten los que aman los libros. Escribo amor total y me refiero a amor en todos los órdenes. En *Pierre Menard, autor del Quijote*, Borges sugiere que leer *La imitación de Cristo* de Tomás de Kempis como si hubiese sido escrita por James Joyce, *sería suficiente renovación de unos tenués avisos espirituales*. Está claro que los libros ofrecen al ser humano un campo ilimitado de conocimiento y de interpretación de la existencia. Su valor es intangible, no tiene precio, lo escribió Antonio Machado, *menudo necio el que confunde valor y precio*. El conocimiento incita la interpretación, la interpretación empuja a la imaginación, la imaginación abre las puertas del pensamiento, y así sucesivamente ; el gran poeta Stéphane Mallarmé, en *Carta a Paul Verlaine*, fechada el 16 de noviembre de 1885, escribe sobre el libro absoluto: *Con paciencia de alquimista siempre he soñado e intentado la Gran Obra, ¿pero qué es esa Obra?, es difícil decirlo: un libro, simplemente, en varios tomos, un libro que sea de verdad, arquitectónico, sólido, premeditado, creo que ese libro existe, y yo soy consciente de que se puede lograr*. El hermeneuta George Steiner en *Después del libro, ¿qué?*, ¡en 1972!, preconiza que *La industria editorial siente que sus días están contados porque surgirá un foto proceso radicalmente nuevo, el libro impreso en papel, ya no digamos ilustrado, es cada vez más un anacronismo, pero no hay que asustarse, el libro prevalecerá, prevalecerá la palabra, porque conlleva*

la inmanencia inherente del conocimiento, inmanencia subjetiva, es decir, podemos leer cien veces el mismo poema y siempre nos parecerá distinto, da igual como se presente. En idéntica dirección Alberto Manguel, autor de *Una historia de la lectura*, señala que *la lectura no puede ser fugaz, utilitaria, mecánica, la lectura exige estar a solas con el libro, reflexionar sobre lo que dice, esto no supone un relato anti-tecnológico, no sólo sería un error por mi parte, sería una imbecilidad, el mundo pantallizado prevalecerá y no me cabe de que habrá lectores profundos de libros electrónicos, se supone que ambos soportes tendrán que compartir sus posibilidades;* es decir, ambos soportes tendrán que tolerarse, uno su preeminencia histórica, el otro, su sorprendente irrupción. Lo importante es que cada uno lea en silencio en el soporte que desee, lo principal es que lea: *leer para vivir*, citando a Gustave Flaubert.

Me detengo en la publicidad de una empresa de *ebooks* –anglicismo de uso común que en español significa libro digital, electrónico o ciberlibro–, cuyo eslogan reza así: *Ebooks, más fugaces que el pensamiento.* Esta frase me hace pensar en los estridentes manifiestos del futurismo italiano en boca de Marinetti, o en los poemas ultraístas de Guillermo de Torre, lanzados hace justo un siglo. Ambos concedían a las máquinas la calidad del alma, el ánimo de las máquinas se manifestaba en la velocidad y en el despegue. La verdad es que se hace muy difícil estar de acuerdo con estas

premisas, cuando ni siquiera a los libros santos de la Biblioteca del Vaticano se les ha concedido la Gracia Divina, son objetos inertes, no se bastan a sí mismos y requieren nuestra voluntad interpretativa para cobrar vida. Larga es la tradición de los autómatas a los que se les suponía alma, pero no me negarán que se trata de una visión aterradora. Pienso que la astucia maniobrera de los publicistas de *ebooks* se ha basado en un eslogan *naif* cimentado en una fe ciega en el progreso y en la razón, y ya se sabe que *el sueño de la razón produce monstruos*. Lo cierto es que en los libros se encuentra fielmente narrada, y también fielmente inventada, la Historia del Mundo. Para mí son un refugio vivo y variado, incluso puedo asegurar que los libros atemperan los estados de ánimo que se reconducen a un plano distante, superior.

En los libros confío desde hace muchos años, han sido mis compañeros inseparables desde la infancia, por ellos he podido trabar amistad con escritores que me han hecho conocer al detalle a otros autores que se convirtieron en esenciales en mis sucesivos programas de lectura, como hizo Rafael Pérez Estrada regalándome la biografía de Óscar Wilde por Frank Harris en la pionera versión al castellano de Ricardo Baeza; por los libros también he tenido la suerte de contar entre mis amigos con dos poetas de primera fila: María Victoria Atencia y Pablo García Baena. Y es que al releer sus poemas, cifrados por un halo místico, por la nostalgia de la gran

amistad, por la pasión hacia la alta cultura, uno no hace más que agradecer que existan libros y poetas como María Victoria y Pablo, que en sus textos cultivan una depurada e iluminada trascendencia. Según la profesora Sharon Keefe Uglade el poema de M.V.A. *La llave* induce a meditar sobre el proceso poético que no es sino un proceso espiritual, es decir, una de las forma cardinales de acceso al conocimiento.

No me resisto a reproducirlo: *Me despoja de mí el silencio de las torres/ que una llave de piedra o de plata me abren, / y a las veras del agua se desnuda de aljófara/ y nácar la nostalgia. Deja escurrir el mirto / una gota de aroma que sacude a la alberca. / Puedo ungirme las yemas para dar luz a un ciego. / Discurro con la noche. Los cipreses se alzan. / Soy el vacío ya. Ni una voz me sostiene.*

Volvemos al principio. He dejado para la coda final varias confesiones. La primera es que los libros son y serán mi vida hasta que llegue a la última página; la segunda, en los libros encuentro la explicación del tiempo que hace fuera pero también intuyo el tiempo que hace dentro; la tercera, tal vez podría vivir sin escribir pero de ningún modo podría vivir sin leer. Sin escrúpulos de memorialista añadiré que no entiendo un mundo sin libros, sin lectura, y que estoy orgulloso de pertenecer a la comunidad internacional de lectores desde aquella tarde lluviosa, hace de esto varias décadas, en

una librería de la calle Corrientes de Buenos Aires, cuando mi padre accedió a mis ruegos y adquirió para mí un ejemplar de *La Quinta Reina*, biografía novelada de Catherine Howard, quizá la esposa más infeliz de Enrique VIII, escrita por Ford Madox Ford. Según comentarios del librero, que honestamente prefería la advertencia a la venta, aquel volumen contenía capítulos bastante subidos de tono para ponerlos en manos de un niño de apenas once años. Pero insistí, mi padre cedió y se hizo con aquel ejemplar. Para mí fue mi primer acto de rebeldía y de reafirmación. Luego vendrían otros, pero aquel fue fundamental, y se escudó en un libro.

El viaje se termina. Casualidades de la vida hizo que encontrara refugio en una ciudad literaria llamada Málaga, que viene iluminando mis episodios más íntimos con la cambiante y soberbia luz de su bahía. No les quepa la menor duda: Málaga para mí ha sido y es un puerto seguro, un puerto donde hoy precisamente nos espera la Feria, la Fiesta, de los libros, esos insólitos objetos que nos trasladan a otros mundos sin apenas movernos. Porque no deben olvidarse, lo repetiré hasta el agotamiento, de que todo, absolutamente todo, está en los libros.

Nada más, muchas gracias.



LA VUELTA AL LIBRO EN OCHENTA MUNDOS

Alfredo Taján

compuesta en caracteres *caslon*,
garamond premier y *galliard*,
consta de 350 ejemplares impresos
en los talleres del centro de ediciones
de la diputación de Málaga. La presente
entrega se ha tirado hoy, 21 de abril
de 2014, con motivo de la XLIV
feria del libro de Málaga.



**Feria del Libro de Málaga
mayo
2014**